



## Impresiones sobre «Ayako-Arria»

Desde Rentería hemos comenzado a andar en dirección a Oyarzun, por la negra cinta de la carretera alquitranada, en una mañana fresquísima, mientras el sol va abriendo la cortina de la noche a rauda paso, mostrándonos la bella policromía del valle oyartzuar, en el que se destaca la amplia iglesia parroquial, entre las edificaciones del eminentemente pueblo agrícola.

Pasada la villa, y antes de llegar al collado de Anderregui, doblamos a la derecha, buscando el camino vecinal que ya no abandonaremos hasta «Borda-zar». El camino carretil, unas veces más duro que otras, no es, al fin, violento, pese a sus varias pendientes, algunas algo fuertes.

La marcha se hace entretenida por las bellas perspectivas que ofrece a la visión, ya que la ruta no atraviesa ningún bosque y se anda a campo libre. Y el descenso es el mismo a no preferirse la carretera de Erlaitz a Irún.

\* \* \*

*Borda-zar* o Erlaitz, puede considerarse como la base de la ascensión, a unos 500 metros de altitud.

El resto, hasta 838 (?), es decir, el macizo, es lo difícil. A este final nos referíamos en el anterior número, al decir que era la peor excursión.

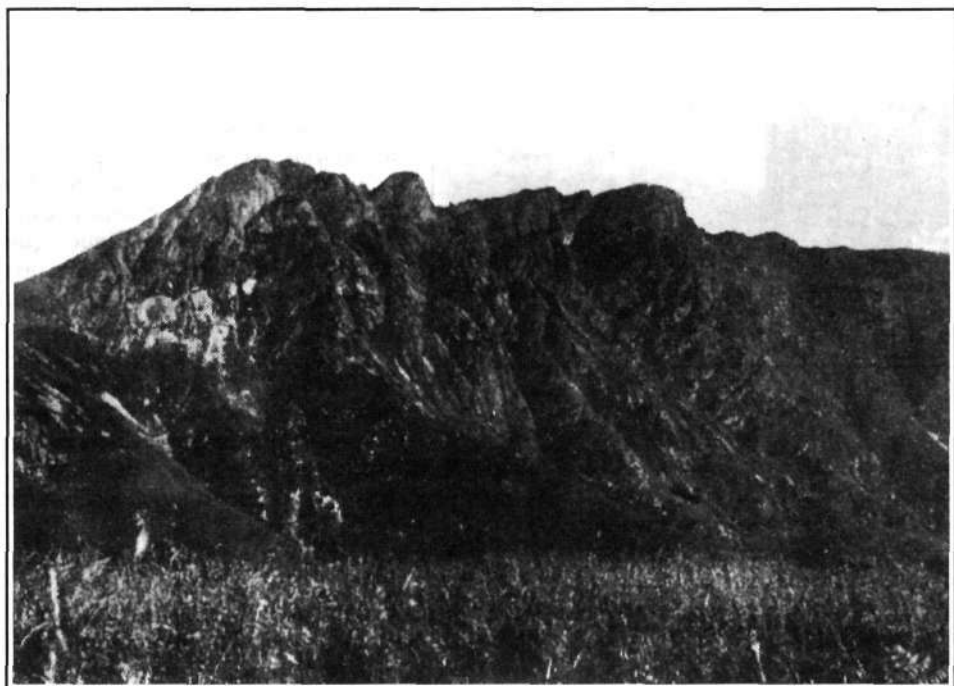
Vistas de frente las peñas presentan una mole grisácea, exenta de vegetación, gallarda y majestuosa, tanta, que su prestancia parece retadora al mortal que se atreviese a conquistarla por la vertiente de «los abismos».

En cambio, por la espalda, la agradable vista a que nos hemos referido, se troca en fealdad, con abultamientos disformes en el promontorio que semejan, por decirlo así, las siluetas de dos camellos.

La Peña de Aya, el granítico macizo, parece erupcionado de las entrañas de la Tierra. Y como si su rebeldía fuese mayor, de una vertiente únicamente es asequi-

ble. Mas ésta, que parece busca la línea vertical, es difícilísima de dominar por la alta e inculca hierba, que produce resbalones continuamente, muy especialmente cuando se avanza de lado, y por la complicidad de la arcillosa y negra tierra que cubre su suelo. Y siempre con el peligro de una extorsión de no asegurar la pisada, previa la exploración del piso con la «makilla».

Ya en el alto, y en marcha desde la segunda corona a la tercera, el descenso de aquélla es peligroso por la roca. El paso más difícil entre los varios que el «mendi-



**Peñas de Aya (Vista parcial).**

goitzale» en aquellas alturas vese obligado a realizar, es el referido. A un lado el abismo hondísimo que se extiende hasta Arditurri, a otro el salto en rebote sobre la roca, para caer más tarde, sobre la hierba, buscando el tobogán... que se alargaría en distancia insospechada.

El descenso, se hace continuamente en «txirrista», ya que la posición normal del cuerpo se hace muy dificultosa, si no imposible.

Luego, ya en la base, toda la excursión es un bello paseo a través de los campos, comenzando en Oyarzun para terminar en Irún, si se quiere, o volver al punto de partida.

Entre los picos primero y segundo se encuentra agua de buena calidad, aunque no abundante en estos meses de verano. Así, pues, en nuestra última ascensión hubimos de sufrir un poco de sed.

\* \* \*

Algo de lo que más nos agrada, conquistada la cumbre, es admirar el paisaje, si, como en este día de Junio, la bruma no molesta.

Y Ayako-arria es una atalaya de las que ofrecen más bella visión. A nuestros pies corren hilillos plateados hacia las minas de Arditurri, para encontrar el lecho del río Oyarzun, allá abajo, en el final de la barrancada.

Las piezas de labor y la densidad de los bosques ponen pinceladas de ocre y negro en el verde esmeralda de la lozanía de nuestros campos. Jaizkibel sigue con su tonalidad parduzca, que únicamente se tiñe de arrebol al amanecer y en el ocaso.



Peñas de Aya (cumbre)

La desembocadura del Bidasoa es algo de lo más bello que soñarse pueda; al fondo el Cantábrico que en lejanía parece fundirse con el cielo; a un lado de la ría, Hendaya; a otro Irún y Fuenterrabía, ésta al pie del cabo de Higuer que se adentra en el mar. Entre las dos ciudades fronterizas la vega amplia y larga.

En tanto que el Golfo de Gascuña duerme muy azul, mecido por Febo, las arenas de las márgenes bidasotarras refulgen al Sol, en un

alarde fantástico de colores irisados. Desde Matxitxako, hasta más allá de Biarritz, vése toda la cornisa vasca. ¡Qué vista más preciosa, más deleitosa; qué ambiente más diáfano hemos de abandonar...!

Cimas en derredor conocidas de los pireneístas vascos, y entre ellas el Larun, destaca su inconfundible silueta.

Cara a éste, mirando a Laburdi y a Pagogaña, del que nos habla Arturo Campión en su «Pedro-Mari», hemos iniciado el descenso con el espíritu preñado de hondísimas emociones...

Donostia, Junio-1928.

ONDARRAITZ.

(Fotografías de Ojanguren)

